

Plácido Sánchez, Antonio Ariel y una brújula de perspectivas: dos miradas sobre un mismo objeto, una misma aventura

MAGNASCO ZDANEVICIUS, Cecilia / Universidad de Buenos Aires (UBA) – laodiseadececilia@gmail.com

» *Palabras clave:* El archipiélago maravilloso, relato utópico, humanismo, perspectivas, lo otro.

> **Resumen**

En el siguiente trabajo intentaremos mostrar cómo a través de los personajes principales del relato utópico *El archipiélago maravilloso* de Luis Araquistáin se abren dos perspectivas aparentemente alejadas e incluso irreconciliables, pero que, sin embargo, pueden resultar muy próximas si se las considera desde una concepción humanista –donde el hombre no es visto como un instrumento sino como un fin en sí mismo– puesto que se encuentran en el afán de imaginar una comunidad libre, justa y equilibrada.

La utopía se describe como la evocación de un espacio proyectado en una *ciudad ideal* que alejada del mundo presente se encuentra oportunamente ligada a él por medio de la reconstrucción, de la degradación o de la esperanza: esta distancia es recorrida a través de la navegación *desviada* de su curso original a causa de un naufragio o de un extravío. Entre estas dos sociedades –la que podríamos llamar *real* o sociedad *de origen* y la *ficticia* o *de destino*– media un océano que en ocasiones se abrirá para dejar pasar a los naufragos y permitirles el arribo a estos *nuevos mundos*, donde permanecerán por un tiempo descubriendo las sorprendentes características de estas sociedades –principalmente su cultura y forma de gobierno– que esconderán siempre un *gran secreto* resguardado por sus celosos habitantes y que al ser revelado a los recién llegados mostrará las razones por las cuales se ha alcanzado ese estado de cosas.

En estos espacios de clausura –la clausura de la isla y la de la cofradía marítima– los dos amigos, Plácido Sánchez y Antonio Ariel, parecen representar la dicotomía instinto/razón –muy cercana al positivismo con atisbos humanistas del autor– que intenta resolverse en una suerte de síntesis plasmada en un mismo deseo: la búsqueda del bien común.

Así, una vez abiertas estas experiencias de lo otro –posibilitadas por la navegación– se abren el universo de la utopía y la aventura maravillosa habilitando a su vez, al regreso, la aventura de narrarlas.

> **Las perspectivas de pensamiento que se abren en El archipiélago maravilloso y su despliegue a través de los personajes**

Quedando establecida la apertura de la utopía por la navegación, se habilita a los valientes y curiosos a conocer un nuevo mundo y, volviendo más tarde a su lugar de origen con una experiencia de lo otro, a una experiencia de la diferencia que incluso muestra en ocasiones una inversión total del orden establecido para los navegantes en su propia sociedad. Esa instrucción obtenida, fruto del encuentro con este mundo lejano, es la que abre el ejercicio del narrar. Ahora bien ¿cuál es el tema esencial que constituye el objeto del relato utópico? Señala Pierre François Moreau un punto fundamental a este respecto:

Si en ciertas islas se mata a los extranjeros y en otras se los trata tan bien que ellos desean permanecer allí por el resto de sus vidas, resulta claro que ni el asesinato ni la hospitalidad pueden constituir el tema esencial (1986: 41).

Así, afirma Moreau, el tema es el deseo de clausura: la clausura de la isla (aislada siempre del mundo, respondiendo a un orden cerrado y completamente diferente de aquel) y la clausura de la cofradía marítima (el barco como espacio cerrado con su particular conformación social, sus propias leyes de gobierno y sus propias jerarquías: el gobernador/capitán, su hombre de más confianza, el primer oficial, sus pobladores/tripulantes y el aprendiz de piloto, entre otros) que son a la vez los dos espacios donde la narración se va a desarrollar y por los cuales los protagonistas de estas *aventuras fantasmagóricas* guiarán a sus lectores pasando de uno a otro, naufragio mediante. A su vez, es por medio de los naufragos que comunican un espacio con el otro que los temas específicos se van desplegando: el tiempo, la mortalidad humana, la ciencia, la tecnología, las leyes, el saber, las relaciones entre hombres y mujeres, las formas de gobierno, el poder, etc.

En *El archipiélago maravilloso* de Luis Araquistáin se nos presentan dos naufragos del barco *Amboto*, compañeros inseparables, de manera muy distinta: Antonio Ariel, un aprendiz de piloto que cambió un destino tranquilo y seguro que había sido reservado para él por sus padres pero que a la vez se vislumbraba como “monótono y triste” (Araquistáin, 1923: 10)¹ por lo desconocido y sorprendente que un alma aventurera como la suya desea para colmar su espíritu ávido de conocimiento, de nuevas experiencias enriquecedoras, pues era el mar para él “una ruta de infinitos ensueños posibles” (10). Si bien empezó lavando la cubierta, la carrera de Ariel fue rapidísima, aunque no le permitían pilotear y de esto se burlaba Plácido Sánchez, uno de los marineros, su mejor amigo a bordo y el que completa la dupla que emprende la odisea por el archipiélago maravilloso.

Plácido Sánchez, veinte años mayor que Antonio Ariel y experimentado en navegación, le tiene, sin embargo, un gran respeto y admiración al muchacho puesto que este “expresaba nítidamente las ideas que flotaban como en una nebulosa en la conciencia de Plácido” (12). Se pone de manifiesto allí la primera *distancia* entre los dos amigos conductores de la aventura: Antonio Ariel, por ser letrado, había sido encargado de escribir y leer las cartas de los marineros analfabetos, y Plácido Sánchez, con sus

¹ En adelante solo indicaremos número de página cuando las citas correspondan a esta obra.

habilidades experticias en asuntos de navegación, carecía de otras relacionadas al mundo intelectual, sin embargo se nos cuenta:

Fundamentaba la recíproca amistad que les unía una común tendencia a concebir el mundo y la vida como algo independiente y espontáneo. Plácido se imaginaba un temible anarquista porque, en los puertos, recibía unos minúsculos periódicos ácratas que le enviaban amigos lejanos y que él leía con avidez. El único con quien gustaba conversar sobre la ciudad soñada, sobre la ciudad sin Gobiernos ni amos, era Antonio Ariel, que también pasaba entonces por el sarampión libertario. El resto de la marinería, o no pensaba nada o se mofaba de las ingenuas doctrinas de Plácido (12).

Los personajes están alejados en su visión de la sociedad, tal vez, pero se aproximan en cuanto al fervor libertario que pone de relieve las disidencias con el mundo actual: Ariel no acuerda con la vida monótona y triste del comercio decidiendo aventurarse en los mares entregado a los sueños, y Sánchez, que “no concebía más amores que por la Revolución Social” (13), es descrito como misógino pero bondadoso y obediente, presto siempre a ayudar a sus compañeros incluso prestándoles dinero.

Así es que a ambos se los representa como buenos camaradas prestando distintos tipos de ayuda, lo cual los acerca en cuanto a la calidad humana, pues Ariel, intelectual, aventurero e idealista y Sánchez, inclinado hacia el anarquismo, muestran un fuerte sesgo humanista, una clara postura que Luis Araquistáin adoptó a lo largo de su carrera como periodista y como político.

De hecho, nada más lejos de una vida monótona y triste que la vida apasionada de un “defensor de un socialismo humanista en los años anteriores a la Segunda República” (Rivera García, 2009: 1) y nada más cercano a un hombre que no conoce más amores que la Revolución Social que un

[...] revolucionario marxista de la época de *Leviatán* (quien) desde los años veinte hasta el final de su vida va a insistir en el regeneracionismo de izquierdas que le llevaba a interesarse por la psicología y el carácter de los pueblos, en el socialismo neokantiano inspirado por Cohen (Rivera García, 2009: 1).

De este modo vemos dos caras (Antonio Ariel y Plácido Sánchez) de la misma moneda (Luis Araquistáin), dos perspectivas de izquierda y un mismo objeto: “encarar con realismo los cambios políticos y juzgar con lucidez, sin ilusiones, la descarnada vida de los Estados modernos” (Rivera García, 2009: 1).

La utopía es la vía narrativa que el autor elige para mostrar por medio de la mirada de Sánchez y Ariel, la psicología y el carácter de estos pueblos insulares, un pueblo inmortal que desea dejar de serlo, otro prodigioso que ha descubierto un modo de leer el pensamiento pero que reniega de este poder, y por último un pueblo de mujeres que practica la ginecocracia y el infanticidio de los nacidos varones.

Como observa Mariano Martín Rodríguez: “cada una de estas islas representa simbólicamente la realización de una doctrina en boga en la época, con cada una de las cuales polemiza Araquistáin con el procedimiento típico del viaje imaginario de construir ficcionalmente una sociedad” (2011: 228).

Cuando Ariel y Sánchez arriban a la Isla de los Inmortales se encuentran con otra dupla de españoles pero estos, cuenta uno de ellos llamado Sancho de Heredia (que coincidentemente es intelectual como Ariel), llevan cuatro siglos de existencia. El primero en desconfiar es Ariel, “que no daba crédito a lo

que oía y continuaba creyendo que se trataba de locos inofensivos a quienes había que seguir la corriente” (31-32). Sancho de Heredia les informa: “aquí, en nuestra isla, nadie ha nacido inmortal; la inmortalidad se hace, es un asombroso invento humano” (32). Con esto, el español inmortal apunta que no hay milagro o una fantasía operando detrás de este logro, sino que es la ciencia que avanzó allí con un nuevo e inimaginable descubrimiento, como intentará demostrar más adelante. Con todo, los invita a probar el hallazgo y es Sánchez quien se lanza sin *deliberar*: “¡Sí!; yo quiero; hacedme inmortal! – suplicó Plácido fervorosamente” (32). Ese fervor impulsivo muestra su carácter pasional pero sin responsabilidad. Contrariamente, Ariel se muestra pensante y desconfiado. Su amigo, el anarquista, no puede idear un plan pues es arrastrado por un deseo irrefrenable.

Podría interpretarse, pensando en la posición ideológica del personaje, que el autor está nuevamente polemizando con una doctrina en boga, como mencionaba Martín Rodríguez. Insiste con el llamado a *prudencia* al cierre del capítulo otorgándole así especial énfasis: “Antes –objetó Sancho de Heredia– es preciso que conozcáis lo que es la inmortalidad para que luego no os llaméis a engaño” (32). El español inmortal, arrepentido del ofrecimiento, subraya la necesidad de reflexión ante una decisión tan importante y posiblemente irreversible, alineándose de este modo con la postura del intelectual pensante Ariel.

Sancho se dispone a contarles la historia de la civilización tangaroa y Araquistáin, nuevamente, arremete contra las doctrinas que encuentran su arraigo en una época muy anterior pero que continúan influyendo en el pensamiento humano, en la civilización moderna y de los mortales como el autor (y como Ariel y Sánchez) o en las sociedades *ficticias* como la de los tangaroas. Estas se parecen a la de los mortales, más precisamente a la doctrina cristiana que promete la salvación del alma. La diferencia se halla en que los tangaroas creían, en una época primitiva, que “el alma, después de morir el cuerpo, no perdía la facultad de las sensaciones físicas” (37). Los reyes aprovecharon esta creencia para que los tangaroas combatieran contra otros pueblos sin temor a morir puesto que “la muerte era un bien mayor que la vida” (37) y así manipulaban al pueblo como la doctrina cristiana manipulaba al suyo en las guerras evangelizadoras, las guerras santas, la guerra justa o en la Inquisición. Prosigue Sancho relatando que, para los espíritus irreverentes e incrédulos que no querían ir a la guerra ni ofrecer su vida en otros holocaustos, se inventó por primera vez la idea del infierno; y así surgió la casta de los sacerdotes, o intérpretes e intermediarios de la divinidad (37-38). De este modo, por medio de la sátira, el autor logra mostrar lo ridículo y lo perverso de esta situación, y la analogía se hace evidente. Y aún más allá de “La Isla de los Inmortales” puede observarse que “las tres utopías isleñas de *El archipiélago maravilloso*, constituyen una visión paródica, mordaz y desencantada tanto de las ideologías redentoras emergentes como, en general, de las frustraciones de la Europa de entreguerras” (Calvo Carrila, 2008: 274).

Con el descubrimiento de la inmortalidad en la isla de los tangaroas gracias al profeta Mikolu y sus investigaciones científicas, la utopía de Araquistáin parece cumplirse puesto que con la eternidad por delante las posesiones dejan de tener sentido y se establece así

[...] una especie de hermandad comunista o realización de la utopía más generosa y fantástica concebida jamás por cerebro humano. Y entonces se advirtió que todas las imperfecciones del hombre, sus apetitos de placeres, poder y gloria, sólo tenían un origen: su condición mortal. Por vencerla, aunque fuese relativamente [...] los hombres inventaban guerras, conquistas, tiranías, privilegios y servidumbres; en suma: iniquidades. Allí donde es mortal, el hombre será siempre injusto y bárbaro (53-54).

Su utopía realizada es la obra misma, ese viaje a una ciudad ideal que no en vano lo conducen un anarquista y un idealista. Este periodista y político obsesionado con el deber ser, este socialista neokantiano que piensa al hombre como un fin en sí mismo sigue, consecuentemente, lo que Raymond Trousson llama “el principio de la construcción utópica, la felicidad considerada un fin en sí” (1995: 311). Un mundo sin injusticias y desigualdades producidas por la propiedad privada, “sin privilegios y servidumbres”, es decir, sin clases, es exactamente lo que Araquistáin, en sus años de revolucionario, tenía en mente.

Otra diferencia en la perspectiva de estos dos naufragos (Ariel y Sánchez) que el narrador resalta se encuentra nuevamente en el aspecto intelectual. Cuando visitan el panteón de la cultura tangaroa (dividido en niveles jerárquicos), Ariel se muestra sorprendido porque la música, la poesía y la pintura están en el mismo nivel de los narcóticos, y otra vez indagando sobre las causas interroga a Mikolu puesto que él “era ferviente devoto de esas artes” (99). En cambio, el marinero osco y misógino que solamente lee los diarios anarquistas no parece manifestar ninguna de estas sensibilidades. Sin embargo, estrechando otra vez el vínculo, sabemos que los une el fervor libertario y humanista, que es precisamente donde se pone el acento, lo que nuestro autor quiere destacar. Así, en la escena de la isla de los zahoríes donde están por decapitar a Ariel, su fiel compañero nos sorprende con su actuación:

¡Pobre amigo fiel! ¡Noble corazón de oro! A pesar de su candoroso materialismo filosófico, que le hacía ver un universo gobernado nada más que por fatales leyes mecánicas, hele ahí dispuesto a dar su vida por un libérrimo sentimiento de sacrificio, por algo impalpable e indefinible, como es la solidaridad sin objeto (146-147).

Lo que parecía un irreconciliable materialismo se trueca aquí en una perspectiva diferente que interesa bastante a nuestro autor: el humanismo. Como dijimos, es en esta idea que los dos protagonistas acortan las distancias entre sí; con esta intervención y mostrando una “solidaridad sin objeto”, Sánchez se acerca más a considerar al hombre como un fin en sí mismo y a las ideas del sacrificio revolucionario que profesaba Araquistáin.

Si las dos perspectivas se entrecruzan y pueden hallar un modo de equilibrio pensándose como parte de una comunidad en la que sus individuos pueden y deben abogar juntos por el bien común a pesar de sus diferencias es porque estas *aventuras fantasmagóricas* han podido llegar más lejos de lo que esperábamos. Pues no solo expresa esta utopía las obsesiones de su época conservando su valor histórico, sino que además muestra cómo el género rebasa a lo narrativo siendo una especie de guía, de brújula para pensar nuestra sociedad, o aquellas otras del archipiélago, o cualquiera fuese, ya que las ideas de los hombres siempre estarán allí manifestándose y conviviendo, hablando por medio de la literatura, del arte, de la política, atravesando el espacio y el tiempo. *El archipiélago maravilloso* nos

invita a pensar utópicamente, a pensar el mundo como debería ser, *como si* ese universo fuera el nuestro pero es otro, *como si* las distintas perspectivas pudieran acercarse a la propia y en este viaje nos volviéramos un poco lectores-marineros, náufragos que regresan instruidos por la aventura de la obra.

> **Referencias bibliográficas**

Araquistáin, L (1923). *El archipiélago maravilloso*. Madrid: Mundo Latino.

Calvo Carrila, J. L. (2008). *El sueño sostenible. Estudios sobre la utopía literaria en España*. Madrid: Marcial Pons Historia.

Martín Rodríguez, M. (2011). Los Novecentistas en Londres y la aclimatación del *scientific romance* en España. *Revista de Filología Románica*, Anejo VII, 211-239. Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/RFRM/article/view/38699/37420> el 20/05/2019.

Moreau, P. F. (1986). I. Un género filosófico, II. ¿Herencias o delimitaciones?, III. La clausura y IV. La diferencia. *La utopía. Derecho natural y novela del Estado* (7-62). Buenos Aires: Hachette.

Rivera García, A (2009). Regeneracionismo, socialismo y escepticismo en Luis Araquistáin. *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, CLXXXV(739), 1019-1034. Recuperado de <http://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/view/362/363> el 20/05/2019.

Trousseau, R. (1995). *Historia de la literatura utópica. Viajes a países inexistentes*. Barcelona: Península.